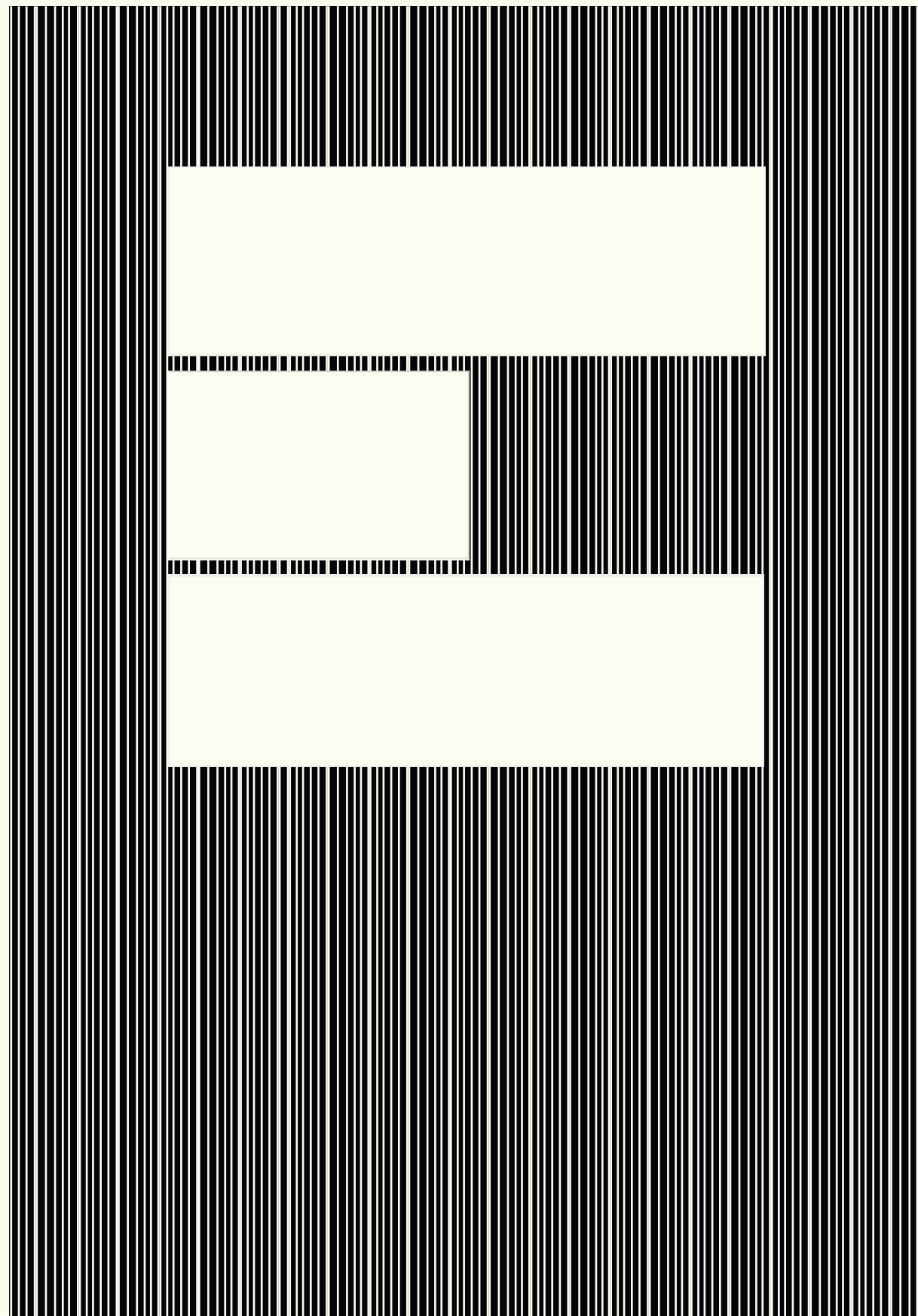


Nueva edición semestral

1º REVISTA ENTRE LÍNEAS



2021

ISSN 2452-5219

ENTRE LÍNEAS

REVISTA ENTRE LÍNEAS

ISSN 2452-5219

Comité Entre Líneas: La revista Entre Líneas es una publicación semestral de estudios críticos de la sociedad y el pensamiento contemporáneo.

—

Santiago, Chile

—

www.revistaentrelneas.cl
revistaentrelneas.contacto@gmail.com
www.revistaentrelneas.cl
[instagram/revista.entrelneas](https://www.instagram.com/revista.entrelneas)
[facebook/elineasrevista](https://www.facebook.com/elineasrevista)
[twitter/elineasrevista](https://twitter.com/elineasrevista)

1°



ÍNDICE

8

La postura vital de Mario Góngora (Parte I): «La búsqueda de perspectivas políticas a partir del rechazo al liberalismo»

POR ALEJANDRO TAPIA

14

En los límites de la institucionalidad: «Las proscripciones del Partido Comunista chileno durante el siglo XX»

POR JORGE MARCHANT DÍAZ

21

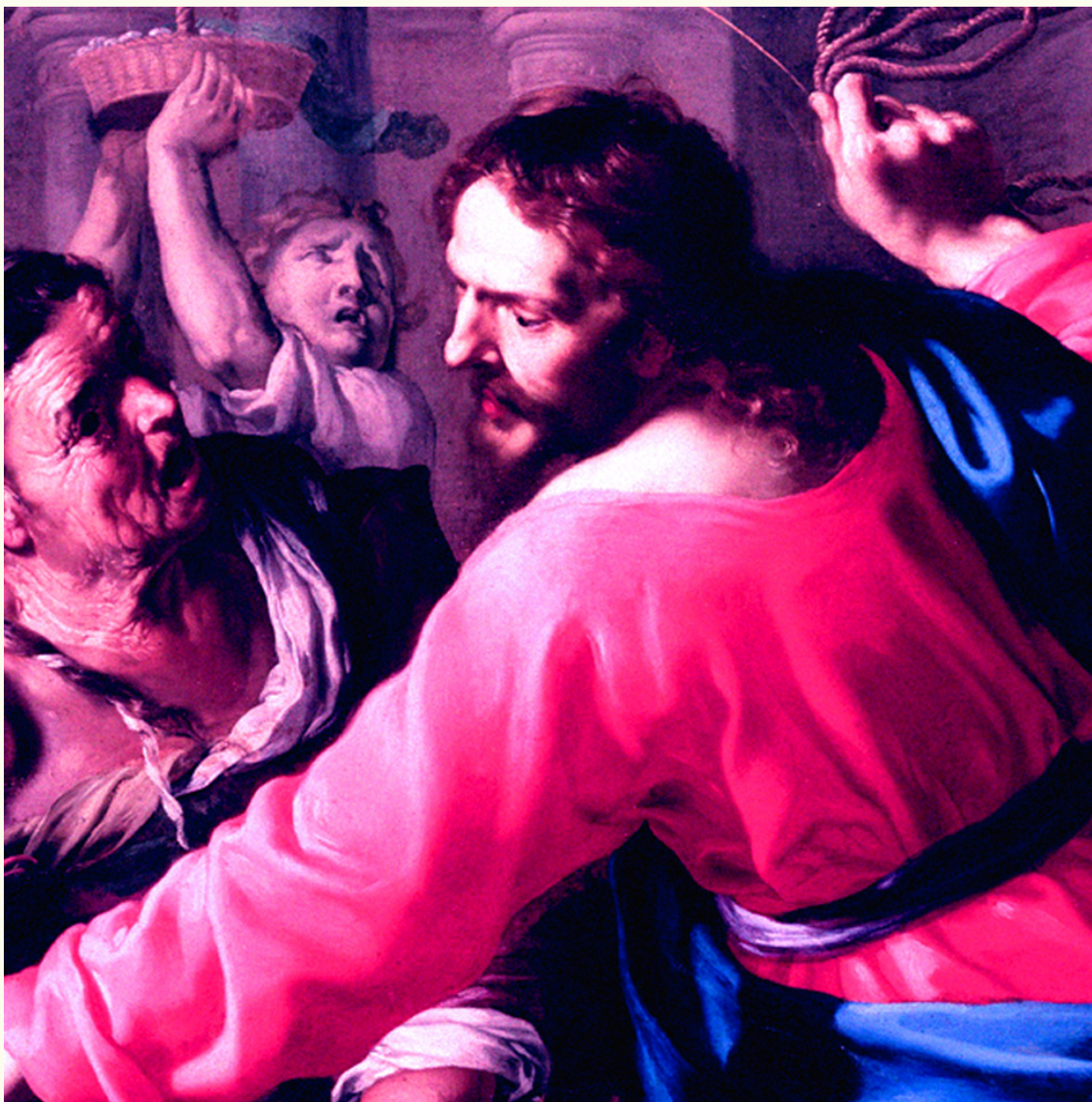
La insuficiencia del nacionalismo: «Evaluación histórico-política desde el tradicionalismo católico»

POR ARTURO SALAZAR

30

Puntos de encuentro entre la ideología y la cinematografía: «La ilusión de la neutralidad»

POR FELIPE RICHARDSON



La postura vital de Mario Góngora (Parte I): «La búsqueda de perspectivas políticas a partir del rechazo al liberalismo»

POR ALEJANDRO TAPIA

Así como suele decirse que Chile es un país de poetas, también podemos agregar que es una tierra historiadores. Desde muy temprano se desarrolló el interés por trabajar el género de las historias generales, así como otro tipo de investigaciones históricas. A pesar de que el cultivo de la historia requiere de una disciplina cuasi monacal, muchos de nuestros historiadores

no tuvieron el temor de participar en el debate público de su tiempo. Es decir, no desestimaron su participación en la vida política del país. Algunos casos notables fueron los historiadores Benjamín Vicuña Mackenna, Alberto Edwards y Francisco Antonio Encina. Por cierto, hay que indicar que esta disposición no se agota en estos tres nombres. Entre aquellos que siguieron

ese criterio y, así mismo destacaron por un trabajo profundo, sobresale el nombre de Mario Góngora, cuya obra nos resulta llamativa por ser fruto de un pensamiento denso y complejo, que va más allá del simple trabajo historiográfico¹.

La obra de Góngora es extensa, tanto por la variedad de los temas que estudia, como por la profundidad con que los aborda. Su trabajo abarca desde la historia social hasta la historia de las ideas, sobresaliendo su producción sobre la “noción de Estado” en el derecho indiano, así como la que aborda esta misma temática durante el Chile de los siglos XIX y XX. Este último trabajo alcanza hoy renovada vigencia dado los múltiples desafíos que enfrenta nuestro país a causa del actual conflicto político institucional. Justamente ese trance nos mueve a abordar algunos aspectos de la obra del profesor Góngora. Los asuntos que nos parecen más relevantes, considerando todo lo que se podría decir de una obra tan vasta, se centrarán en tres simples cuestiones: el carácter antiliberal del pensamiento de Góngora, su rol como “diagnosticador” y, por último, la revolución a partir de lo que el historiador denominaba planificaciones globales.

Mario Góngora nació en la ciudad de Santiago de Chile en junio de 1915, es decir en los estertores del régimen parlamentario instaurado tras la caída del gobierno balmacedista. Hijo de un funcionario diplomático, Góngora realiza sus primeros estudios en el colegio San Agustín, institución educacional católica fundada por los frailes de la orden agustiniana.

Ingresa a estudiar derecho en la Pontificia Universidad Católica de Chile a principios de la década de 1930². El contexto local y mundial durante sus años de estudios universitarios es extremadamente atractivo para una juventud ávida de revoluciones y restauraciones. Como parte de una generación activa, Góngora no pudo restarse al ambiente de su época:

“En efecto, los ojos de esta juventud miraban anhelantes hacia el viejo continente. Todos los ‘ismos’, desde el comunismo hasta el fascismo, tenían un importante grado de receptividad. Muchos tenían la percepción de que ‘era la primera vez en la historia que, en un cuarto de hora más, se iba a realizar la felicidad en la tierra’. La seducción por las revoluciones de distinto signo no era de extrañar” (Arancibia Clavel: 1995, Pág. 30).

El año de su ingreso a la universidad, Mario Góngora se afiliará en la Asociación Nacional de Estudiantes Católicos (ANEC), agrupación fundada como respuesta de los jóvenes católicos al influjo de la anticlerical Federación de Estudiantes de Chile (FECH). La ANEC fue un centro de formación de gran importancia para sus miembros, especialmente en lo que respecta a la doctrina social de la Iglesia. La idea de la agrupación era poner en práctica lo enseñado por las encíclicas *Rerum Novarum* (1891) y *Quadragesimo Anno* (1931). Es así como desde un comienzo la asociación se mostró ajena a la política contingente y ante cualquier polémica partidista. Una tendencia que se reforzó con la llegada del Padre Óscar Larson³ como nuevo encargado de la asociación.

1 Alfredo Jocelyn-Holt sostiene que Mario Góngora es un intelectual antes que un historiador. Señala, en relación a Góngora, que destaca en él una actitud de permanente búsqueda de formas metodológicas, un eclecticismo y ensayismo en sus trabajos, además de lo fundamental de las ideas y de las “nociones” en toda su obra. Será esto último lo que impulse sus numerosos estudios.

2 El joven Góngora estudia derecho entre los años 1932 y 1936.

3 Sobre Óscar Larson, el profesor Cristián Gazmuri señala: Larson era un sacerdote elocuente, de poderosa inteligencia y poseedor de una pluma “galana e incisiva”. Su ironía y una “lengua cáustica” que no sujetaba excesivamente, le conquistaron no pocos enemigos, especialmente en los altos círculos eclesiásticos (...) Había llegado a Chile el año 1927 luego de realizar estudios de sicología en la Universidad de Lovaina con el célebre profesor Michotte. Allí se había impregnado de los principios de la doctrina social de la Iglesia y

“Los objetivos que perseguía la ANEC quedan plasmados en el artículo primero de sus Estatutos: «su fin será trabajar por la restauración de todo en Cristo, y con este objetivo desarrollará una intensa labor católica en todas las clases sociales y especialmente entre la juventud y los obreros»”(Díaz Nieva: 2000, Pág.54).

Larson encausó a los miembros de la ANEC en la formación doctrinal y en las problemáticas sociales denunciadas por los escritos pontificios. No obstante, esta postura apolítica no sintonizaba con los deseos de la jerarquía católica de la época. Era común que los jóvenes que manifestaran cualquier inclinación política o por las cuestiones de índole social, ingresaran en las filas del viejo partido conservador que resultaba así en el “sector” de referencia para parte importante de la clase alta local. Esto explica que incluso al interior de la ANEC hubiese diversas tendencias entre sus miembros, una de las cuales, no rechazó participar en las filas del conservadurismo⁴.

La mayoría de los eclesiásticos, incluidos los obispos, consideraban que el partido conservador representaba los principios del catolicismo y que, por lo tanto, era el canal natural de participación de los católicos. La ANEC era considerada como un simple trampolín para el ingreso en la militancia conservadora. La tensión entre la jerarquía y el Padre Larson aumentaba y dejaba en evidencia las profundas discrepancias existentes. En ese ambiente de agitación es que hizo ingreso en la ANEC el joven Mario Góngora. Su paso por la asociación le permite profundizar en la

doctrina de la Iglesia además de fortalecer su fe. De esto último dan cuenta numerosas entradas de su diario personal.

“Junto con pasar la juventud, voy comprendiendo la necesidad de levantar mis horizontes y de profundizar cada vez más en mí mismo. Y el único medio de realizarse profundamente es el amor. Cuánto deseo amar constante y totalmente: amar ante todo a Cristo, amarle hasta el sacrificio y el heroísmo, desprenderme de todo egoísmo”(Góngora: 1936).

Estos años en la universidad le ayudarán a configurar toda su forma mentis a través de la relación personal con diversos maestros y condiscípulos. Durante este período Mario Góngora se dedica a profundizar y acrecentar su conocimiento por medio de una lectura voraz y constante. Nada extraño en una generación volcada al estudio y a la inquietud cultural. La generación de Góngora es una generación de enorme sensibilidad intelectual. Es la generación “cogitativa” tal como la denomina el poeta Eduardo Anguita.

“En efecto, esta fue una generación eminentemente lectora... se hicieron familiares a través de lecturas directas y en un ámbito amplio, los nombres de Bergson, Proust, Joyce, Dilthey, Max Weber, Gide, Sheller, Husserl, Jaspers, Kierkegaard, Heidegger, Rilke, George, Freud, Russell, Spengler, Ranke, Burckardt, Mommsen, Frobenius, Jünger, Pound y otros”(Arancibia Clavel: 1995, Pág. 31).

Sobre la base de esta maciza vida intelectual, Mario Góngora y su generación sienten poder participar de las grandes

de las nuevas formas de aplicar el cristianismo a la realidad social.

4 El profesor José Díaz Nieva distingue muy bien las diferentes posturas al interior de la ANEC. Señala: “La primera de estas corrientes corresponde al grupo encabezado por Jaime Eyzaguirre y Julio Philippi (calificados por muchos, debido a su filosofía rayana en el misticismo, como integristas) que descartaban toda participación en la política militante activa en las filas de cualquier organización partidista; éstos promovieron la revista Estudios, uno de los más importantes órganos de expresión del pensamiento católico hispanoamericano. Otra tendencia fue la de los activistas sociales, hombres como Julio Santa María Santa-Cruz y Carlos Muñoz Montt, quienes prestaron una mayor atención a los problemas sociales a través de actividades sindicalistas. Una tercera tendencia tomó la bandera política e inició la formación, primeramente, de la Falange Nacional y después la del actual Partido Demócrata Cristiano.

transformaciones de su época. Siendo parte de la ANEC y luego colaborando con la Liga Social⁵ del Padre Vives buscan concretar lo propuesto por las llamadas encíclicas sociales, especialmente por la *Quadragesimo Anno* del Papa Pío XI. A pesar de su militancia en la ANEC y su colaboración con la Liga Social, Mario Góngora fue desarrollando un fuerte interés por la política. Ya sea por sus profusas lecturas o por el ambiente en que se desenvolvía se decidió a participar en la vida política, aunque esto, sin abandonar el gran interés que siente por la labor doctrinaria. Podemos leer en su diario:

“Me interesa poderosamente la política: la acción de Japón en el norte de China, el triunfo conservador en Gran Bretaña, la restauración griega, los proyectos de reforma financiera de Chapapietra en España. Quisiera luchar, y quisiera ver en Chile, como por todas partes, el triunfo de la verdadera contrarrevolución conservadora, antiliberal en su espíritu y en sus formas. ¡Qué interesante es vivir en la época de Mussolini, de Hitler, de Roosevelt y de Stalin! Ya los grandes jefes de la política no son los primeros ministros de un régimen parlamentario, sino hombres de genio, grandes conductores de pueblos”(Góngora: 1935).

A pesar de su carácter, decide ingresar en la juventud del partido conservador⁶. Esta participación comienza a principios de 1934. Es una decisión que llama la atención considerando que su forma de ser lo orienta más a la meditación que a la acción. ¿Qué hace que alguien tan dedicado al estudio quiera destinar algo de su tiempo en una

labor tan poco contemplativa? Podemos señalar que en el lapso que se ocupa de participar en la ANEC y en la Liga Social, asiste a varias reuniones con el Vicerrector de la Universidad, el sacerdote Francisco Vives Estévez. Estas reuniones tienen como finalidad profundizar en la doctrina política y social de la Iglesia. Todas estas reuniones contarán con el auspicio de la Acción Católica Universitaria y allí no se desestimará la participación juvenil en el conservadurismo, sino todo lo contrario. Además, estas reuniones se hacen teniendo presente lo politizado que se ha vuelto el ambiente en la universidad y no se desea que la juventud católica sea desorientada por la acción de movimientos heterodoxos. Un ejemplo de aquello es la gran influencia que ejerce el Movimiento Nacional Socialista en una parte de los jóvenes católicos. Por último, se entiende la participación de Góngora en política por razones meramente afectivas, pues en sus años de colaboración en varias organizaciones católicas ha trabado numerosas relaciones de amistad.

Mario Góngora se hará cargo de la dirección de *Lircay*, la revista de la juventud conservadora a partir de 1936. Antes sólo había escrito dos artículos con relación al corporativismo y la figura de Antonio de Oliveira Salazar. Su limitada participación se debió a diferencias con algunos miembros de la revista, fundamentalmente con Radomiro Tomic. Estas diferencias siempre giraron en torno a lo político-doctrinal. Mantenía diferencias con Tomic en relación con el origen del poder, la democracia o el corporativismo. Mientras estas diferencias se

5 Respecto a la Liga Social el historiador José Díaz Nieva señala: La Liga Social fue creada en 1931 por el Padre Fernando Vives del Solar a su regreso del exilio español. Sus miembros no pasaron del medio centenar; la mayoría era gente muy joven impactada fuertemente por las enseñanzas que contenían las encíclicas papales. Sus militantes “fueron picoteados entre los más brillantes y de carácter más independiente de las distintas carreras”; la gran mayoría también formó parte de la ANEC. Entre ellos cabe citar a Jaime Eyzaguirre, Julio Philippi, Alfredo Bowen, Manuel Atria, Antonio Cifuentes Grez, Roberto Barahona, Julio Santa María o Gustavo Fernández del Río. A ellos habría que añadir “unos restos de la antigua generación”, como Carlos Vergara Bravo, Jaime Larraín García-Moreno o Clotario Blest; “Era gente que se la había jugado” en la lucha por implantar un “Orden Social-Cristiano» en Chile (...).

6 Góngora anota en su diario: “Pienso entrar al Partido Conservador, aunque condicionalmente”.

hacían cada vez más evidentes, las sintonías con Jaime Eyzaguirre y Julio Philippi eran claras. A pesar de las discrepancias siguió dentro de la juventud conservadora y a los pocos años, como ya señaláramos, se encarga de la dirección de la revista Lircay. Góngora no oculta su admiración y respeto por dirigentes políticos como Dollfuss y Salazar, mientras que otros militantes al interior de la juventud conservadora valorizaban mucho más el régimen liberal democrático. Sobre estas divergencias en el seno de la futura Falange Nacional, el historiador Cristián Gazmuri manifiesta que:

“[...] en este periodo de formación, no existía aún en el grupo un pensamiento monolítico en relación a las doctrinas políticas. Garretón y Mario Góngora, quien había ingresado a la Juventud Conservadora en 1934 y había sido nominado vicepresidente del Centro de Estudiantes Conservadores, valoraban mucho más que Leighton, Tomic o Frei las experiencias europeas de Portugal, Austria e Italia, propiciando un tipo de organización corporativista no sólo en lo económico y para nada democrática. En cambio, Tomic, Leighton y Frei, más cercanos a Rafael Luis Gumucio, claro defensor del Estado de derecho, eran firmes partidarios de la democracia, adhiriendo ahora irrestrictamente a dicho régimen: ‘ninguna razón, ni aún la miseria de nuestro pueblo justifica la instauración de despotismos de cualquier índole que violen los derechos sagrados de la persona humana’, se señalaba en Lircay, cuyo manejo ‘doctrinario’ estaba en manos de Tomic más que de Garretón o Góngora. Pese a que allí todos expresaban sus opiniones, Tomic, quien dirigía el periódico junto a Manuel Risueño, vetó algunos artículos escritos por Mario Góngora (Gazmuri: 2000, Pág. 216).

Pero más allá de estas visiones doctrinales opuestas, se fue generando en Góngora cierta incomodidad producto

del choque entre su carácter y las formas activistas de la política. No sentía mayor comodidad en funciones ejecutivas y los roces con otros dirigentes fueron en aumento. Se siente cada vez más decepcionado de la política y frustrado por la defensa de los males menores. Se volcó aún más en la religión, profundizó mucho más en su Fe, pensando, incluso en una posible vocación religiosa. Con relación a esto último, la dirección espiritual del Padre Juan Salas resultó de gran ayuda. No solo por el bien de su alma, sino que también para acercarlo a la figura de Lacunza y el milenarismo, importantes influencias para su posterior interés por la historia. Sus variadas y profundas lecturas, además de su férreo compromiso espiritual le llevan a plantear en estos términos su compromiso político:

“La juventud conservadora es una revolución nacional. No un izquierdismo superficial y snobista con finalidades puramente destructivas, sino una afirmación nueva, una nueva palabra de orden que brota de nuestra juventud, profunda y definitiva, como la sangre, como los trigos, como la fe. Una revolución que debe ser una nueva arquitectura de las almas, que se yerga al sol sobre nuestra tierra” (Góngora: 1937).

Siendo éste su ánimo, resulta evidente la distancia que comenzó a sentir por el “derechismo” y en particular por el conservadurismo. Al poco tiempo se manifiesta en él un ánimo pesimista y escéptico respecto a la política. Se aparta del Partido Conservador y tras un viaje a Europa en 1938 vuelve sosteniendo posturas que a simple vista pueden parecer como radicalmente contrarias. Estas ideas lo llevan a militar en el Partido Comunista de Chile por un corto periodo de tiempo. Se explica este acercamiento al comunismo tanto por su hastío con el conservadurismo, como también por una fuerte crisis religiosa que tuvo en 1937. Siente un gran vacío

existencial que cree poder satisfacer con una ideología totalizante como el marxismo.

Pero su acercamiento al comunismo no será tanto por Marx sino a causa de haber abrevado de un Evangelio que lo llamaba a la renuncia de toda posesión particular. Su posterior ruptura con el comunismo se puede deber a su lectura de Nietzsche, pero también a su retorno al catolicismo. La militancia comunista, por breve que haya sido, tiene sus cimientos doctrinales en el discurso desarrollado en sus años al interior de la juventud conservadora⁷. Es allí donde sostiene tempranamente su rechazo al liberalismo y al capitalismo. Hay que recordar que Góngora sostuvo este discurso en un partido que no aceptaba del todo las doctrinas sociales expuestas desde Roma. Su postura lo acerca a la izquierda más que a la derecha⁸, cuestión más que entendible si se considera que el partido conservador representaba la defensa de la tradición liberal de la república. Respecto a esta cuestión Alfredo Jocelyn-Holt es bastante enfático:

“Recordemos que fue conservador, filofalangista, milenarista, miembro del partido comunista, de donde salió tras leer a Nietzsche... Y, de hecho, ahí está la clave: en ese ‘común denominador’ de todas sus opciones, a primera vista contradictorias, que no es otro que el ‘antiliberalismo’. Fue siempre y por sobre todo un antiliberal”(Jocelyn-Holt: 2017, Pág. 46).

Una vez que se ha comprendido esta postura vital y doctrinal en Mario Góngora, podremos abordar sin mayores dificultades su posición historiográfica y el rol de “diagnosticador” que asume al momento de visualizar como la revolución y las utopías ponen en riesgo nuestra idiosincrasia y la

tradición histórica de Chile.

Bibliografía

Arancibia, P. (1995). Mario Góngora En búsqueda de sí mismo 1915-1946. Santiago, Chile: Fundación Mario Góngora.

Díaz, J. (2000). Chile: de la Falange Nacional a la Democracia Cristiana. Madrid, España: Universidad Nacional de Educación a Distancia.

Gazmuri, C. (2000). Eduardo Frei y su época. Santiago, Chile: Aguilar.

Góngora, M. (2013). Diario. Santiago, Chile: Editorial Universitaria.

Góngora, M. (1937). Portales y la tradición. Santiago, Chile: Lircay, N°85. VVAA. (2017). Mario Góngora: El diálogo continúa... once reflexiones sobre su obra. Santiago, Chile: Editorial Historia Chilena.

7 En 1937, Góngora dicta una conferencia al interior de la juventud conservadora denominada “Orden Nuevo”. Manifiesta sin ningún miramiento que el liberalismo resulta ser la salvaguarda de los intereses de una clase social, la burguesía.

8 El pensamiento de Góngora es bastante complejo, escapa a la muy simplista definición de “socialcristiano”. Creemos que lo más propio para hacer referencia a su pensamiento son las expresiones “tradicionalista” o “Revolucionario-Conservador”. Definiciones utilizadas por los profesores Ayuso y Robertson respectivamente.



En los límites de la institucionalidad: «Las proscripciones del Partido Comunista chileno durante el siglo XX»

POR JORGE MARCHANT DÍAZ

“Chile es de todos nosotros, no es patrimonio de unos cuantos, y así como lo defenderíamos de los enemigos más allá de la frontera, debemos comenzar por defenderlo de los de adentro”.

(Bravo Lavín, P. 9, 1934).

Desde su fundación, el Partido

Comunista de Chile (PCCCh) ha sido una piedra en el zapato para la institucionalidad chilena, debido, entre otras cosas, a las estrategias políticas adoptadas a nivel local y por sus relaciones con dictaduras como la de la Unión Soviética en su momento, o la cubana. Los principios y acción del partido se basan en la doctrina del socialismo científico y el marxismo-leninismo, aunque

con el correr de los años, las corrientes fueron actualizadas de acuerdo con las condiciones sociales. Para el PCCh, la democracia siempre ha sido instrumental, dado que, dentro del mismo sistema, estos no consideran el sistema democrático actual, como una verdadera democracia. Así, para la revolución que busca conseguir la “verdadera democracia”, de acuerdo con quien fuera el secretario general del PCCh, Luis Corvalán (1967, P.7-8): “no se puede rechazar de plano ni aceptar a ‘fardo cerrado’ ninguna forma de lucha”.

La agitación política fue desde un inicio parte de la política impulsada por Recabarren y, por consiguiente, también del Partido Comunista: “Sus piezas oratorias estaban llenas de un espíritu revolucionario y fueron comunes los casos en que se le procesó y encarceló por predicar contra el orden público. Exhortaba a los soldados para que desconocieran el principio de obediencia y añoraba por la disolución social y el forjamiento de un nuevo régimen de convivencia. Las primeras huelgas que se produjeron en el país, se debieron a su iniciativa”. (Mesa, 1947, P.9-10) Esa prédica revolucionaria y contra el orden público sería una constante en las proscripciones posteriores del comunismo en Chile.

Las estrategias políticas, que entremezclan esta inclinación a “cualquier forma de lucha” y sus vínculos con la esfera soviética, le han significado al PCCh estar fuera de la ley en cuatro ocasiones en Chile, las cuales revisaremos a continuación, que son: la dictadura de Carlos Ibáñez del Campo, el segundo Gobierno de Arturo Alessandri Palma, quizás las más recordadas, la Ley de Defensa Permanente de la Democracia (llamada por sus detractores “Ley maldita”), de Gabriel González Videla y la dictadura de Augusto Pinochet.

1. ORÍGENES

El Partido Comunista (originalmente

“Partido Obrero Socialista (POS)”) fue fundado en 1912 por Luis Emilio Recabarren en Iquique, junto con algunos obreros salitreros y otros empleados del mismo rubro, en plena cuestión social. Este mantuvo su funcionamiento como tal, hasta asumir la Internacional Comunista (Comintern) —fundada por Vladímir Ilich Uliánov, Lenin, en 1919— en su tercer congreso, realizado en Rancagua en 1922. A partir de ese momento, el Partido pasa a llamarse oficialmente Partido Comunista de Chile (condición 17°), de acuerdo a las 21 condiciones que la Internacional exigía para ser parte de la organización.

Entre las medidas que adoptaron una vez en la Comintern estaban previstas las posibles prohibiciones y clandestinidades por parte de sus miembros, entre las cuales se destacarán algunas: En el primer punto, el Comintern se enfocó en la difusión y prensa del partido, la cual debe estar bajo la dirección de miembros de mucha confianza, así como sus publicaciones subordinadas al presidium del partido “independientemente del hecho de que en un momento dado el partido sea legal o clandestino”. Además, en la segunda condición requería la expulsión por norma de “reformistas y centristas” de todos los cargos de responsabilidad, para sustituirlos por “comunistas probados”.

Dadas las condiciones de guerra civil, tanto en Europa como América, los comunistas no podrían depender de la legalidad: “Estos están obligados a crear por todas partes una organización clandestina paralela que en el momento decisivo ayudará al partido a cumplir su deber con la revolución”, dice tercera condición, a la que se le añaden, entre otras, la quinta, que impone la necesidad de “hacer un trabajo de agitación sistemático y programado en el campo (...)” o la última, que obliga a la expulsión de los miembros del partido que “rechacen como principio las condiciones y tesis elaboradas por la Internacional Comunista”¹.

1 Extracto de las 21 condiciones que exigía la Internacional Comunista.

2. MARZO DE 1927: DICTADURA DE CARLOS IBÁÑEZ DEL CAMPO

Si bien el PC, durante sus primeros cinco años de existencia, había ejercido en una libertad relativa, la llegada al poder de Ibáñez acabó con eso, al considerarlos una amenaza para el nuevo orden, dados los antecedentes recientes de la revolución rusa y la asociación del PCCh con la Unión Soviética, resultado del Comintern.

Una de las medidas más practicadas durante la dictadura de Ibáñez fue impulsar el alejamiento de los comunistas de los centros poblacionales importantes, como Santiago, Antofagasta y Concepción. Así, tanto la isla de Más Afuera, hoy Alejandro Selkirk en el archipiélago de Juan Fernández, como Isla de Pascua fueron convertidas en centros de relegación. Los más afortunados fueron relegados a Calbuco o a Aysén, en conjunto con delincuentes comunes.

Las políticas utilizadas por el régimen ibañista, utilizadas por las Secciones de Seguridad, fueron distintas torturas psicológicas y físicas que permitieran identificar a las personas proclives a actuar en contra de la seguridad del Estado o el régimen. Muchas veces la libertad se conseguía con una declaración favorable al Gobierno y muchos de los que lograron mantener sus cargos parlamentarios, lo hicieron dándole la espalda al PC, tocando duramente a las filas del partido, que entraba por primera vez a la clandestinidad.

“Quienes lo apoyaron (a Ibáñez) lo consideraron una labor patriótica, que salvaría al país de los problemas que lo aquejaban, encaminándolo hacia un “Chile Nuevo”. (...) Toda oposición era vista como contraria a la obra de reconstrucción nacional del Gobierno, y solo pretendía la subversión del orden público. El proyecto político, por su carácter, no admitía críticas de fondo o resistencias”. (Rojas, P.23,1993) El objetivo del Gobierno era mantener un clima de orden que evitara completamente

un clima de revuelta social: Si bien, el anticomunismo y antianarquismo en Chile ya estaban en pleno desarrollo desde su origen en el país, la amenaza que estos presentaban para el orden institucional y el clima internacional derivaron en que las persecuciones con Ibáñez se hicieran más sistemáticas.

Sin embargo, el PC se encontraba en pleno proceso de escisión: por un lado, los “laffertistas”, seguidores de Elías Lafferte y los “hidalgistas”, encabezados por Manuel Hidalgo, que luego se acercarían al trotskismo, haciendo que en los años 30 el PC tendiera a uno de los puntos más bajos de su historia, ya sea por las persecuciones o las divisiones internas.

3. FEBRERO DE 1937: SEGUNDO GOBIERNO DE ARTURO ALESSANDRI PALMA

El segundo Gobierno Alessandri fue digno de los años 30, es decir, no tuvo nada de sencillo. Los problemas económicos devenidos de la crisis de 1929 y la relación que tenía con su ministro de Hacienda, Gustavo Ross, mantuvieron un clima agitado, con crecimientos del comunismo y el naciismo², la presencia de Carlos Ibáñez del Campo, esperando nuevamente a ser Presidente y la creación del Frente Popular. Empezaba a forjarse la política de los tercios, que se mantendría, en gran parte, hasta 1973.

En primer lugar, Alessandri debía restituir la institucionalidad chilena, luego del derrocamiento de Juan Esteban Montero, propiciado por la izquierda y sectores ibañistas, donde los jóvenes socialistas, comunistas y anarquistas cobraron gran importancia. Montero gobernó junto a la derecha antiibañista, el Partido Radical y sectores tanto conservadores como liberales. Así, el Gobierno legítimo fue depuesto por el socialista Marmaduque Grove, periodo en el que se instauró la República Socialista, que duraría de junio a septiembre de 1932

2 Nacis, con “C”. Pertenecientes al Movimiento Nacional Socialista Chileno de Jorge González von Marées.

(algunos historiadores solo les conceden los primeros 12 días de Gobierno. Otros, hasta la asunción de Carlos Dávila, que duraría otros 101 días).

El Partido Comunista se mantendría al margen de esta República, considerándola una farsa y llamó a la creación de milicias y Soviets para hacer frente al Gobierno. En primer lugar, el grupo “Avance” de la juventud universitaria del PC (laffertistas) ocupó la casa central de la Universidad de Chile, creando el primer Soviet e hicieron un llamado a rechazar a la junta de Gobierno: “Los ‘social-fascistas’ en el gobierno son agentes de la burguesía y como ésta se ha fascistizado, sus ‘agentes’ también son fascistas”. (Cruz, 2002, P.17) Los sectores de la derecha, por su parte, intentaron evitar una revolución bolchevique, además de amenazar con una intervención norteamericana. Por otra parte, los hidalguistas presentaron su programa de Gobierno, que incluía: “El armamento del proletariado y milicias obreras”. (Ídem, P.21)

La descoordinación en la izquierda llevó también a su prematura caída y posterior vuelta al poder de Alessandri. Este Gobierno se destacó por el excesivo uso de la fuerza y represión a cualquier formación que pareciera contrario al Gobierno, destacando la Ley de Seguridad interior del Estado N° 6026³ del 12 de febrero de 1937, que proscribía nuevamente al Partido Comunista, y la matanza del Seguro Obrero, el 5 de septiembre de 1938, que culminaría con el triunfo en la elección, por apenas cuatro mil votos, del radical Pedro Aguirre Cerda y el Frente Popular.

Los enfrentamientos callejeros entre grupo políticos y la oposición de los medios comunicación, según David Vásquez (2012, P. 48): “llevaron a Alessandri a aplicar una fuerte represión —relegaciones, cárcel, amedrentamientos, cierre de medios— acompañada del reiterado uso —previo permiso parlamentario— de facultades extraordinarias, estados de sitio

y la aplicación discrecional de la Ley de Seguridad Interior del Estado”. Pero no solo esto, porque Alessandri también hizo uso de sus facultades para clausurar las sesiones del Congreso, tras acusar a los comunistas de instigar una masiva huelga de ferrocarriles en 1936. (Vásquez, 2012, P.49)

El escalamiento de la violencia callejera y la imposibilidad de mantener el orden, llevó a Alessandri a separarse de la izquierda, que lo apoyó en un principio, y terminó gobernando en conjunto con las distintas gamas de conservadores y liberales, quienes apoyaban sus decisiones de mantener el orden público a cualquier costo. Así, nació la mencionada Ley de Seguridad interior del Estado N° 6026. En esta Ley se tipificó como delito contra el Estado a quienes instigasen la insubordinación de las Fuerzas Armadas, la subversión del orden público, la revuelta contra los poderes jerárquicos, la subversión del orden público o los poderes constituidos de la República. También, a quienes “propaguen o fomenten, de palabra o por escrito o por cualquier otro medio, doctrinas que tiendan a destruir por medio de la violencia, el orden social o la organización política y jurídica de la nación”.

Esta normativa obligó al Partido Comunista a cambiar de nombre, pasando a llamarse Partido Nacional Democrático, única forma que encontró este para mantenerse dentro del ordenamiento de los partidos políticos. Sin embargo, manifestaron en el Congreso que ellos no eran representantes de aquel partido, sino del Comunista. Al asumir esa postura y su posterior clausura dada su proscripción como tales, ya estaba inscrito el partido Progresista Nacional, cuyos componentes eran ellos mismos. Finalmente, la norma fue derogada por Carlos Ibáñez del Campo, en agosto de 1958, al igual que la Ley de Defensa Permanente de la Democracia, que revisaremos a continuación.

4. SEPTIEMBRE DE 1948: GOBIERNO DE

3 Ley 6026 de Seguridad Interior del Estado, Biblioteca del Congreso Nacional de Chile.

Juan Antonio Ríos, quien sería posteriormente electo Presidente, atacó a los comunistas, parte del Gobierno de Pedro Aguirre Cerda, el 26 de noviembre de 1940 en la Cámara de Diputados: “Los comunistas no sólo han traicionado al Partido Radical, como partido signatario del Frente Popular, sino que a la inmensa mayoría del país”, dejando entrever ya un quiebre entre socialistas, comunistas y radicales, que no se concretaría hasta la promulgación de la llamada por la izquierda “Ley maldita”. De hecho, Gabriel González Videla resultó electo Presidente en 1946 en un amplio pacto de centro-izquierda, del cual el PC también fue parte.

El Partido Comunista estuvo brevemente re-legalizado entre 1946 y 1948, año de la publicación de la Ley de Defensa Permanente de la Democracia (Ley N° 8987), conocida por haber establecido la proscripción del Partido Progresista Nacional y del Partido Comunista y fue una modificación a la ley 6026 de 1937. La ley consistió en la eliminación del registro electoral de sus militantes y de las personas sospechosas de participar en dichas organizaciones, lo que significó la inhabilitación y cesación del cargo todos los miembros electos o designados en los distintos cargos, de tales partidos políticos.

La ley, se compuso por 12 artículos, siendo el principal el tercero, en el que: “Se prohíbe la existencia, organización, acción y propaganda de palabra, por escrito, o por cualquier otro medio, del Partido Comunista y, en general, de toda asociación, entidad, partido, facción o movimiento, que persiga la implantación en la república de un régimen opuesto a la democracia o que atente contra la soberanía del país”⁴

Hasta el día de hoy existen diferentes tesis respecto a la promulgación de esta ley, sin entenderse completamente la motivación de Gabriel González Videla

para promulgarla. Uno de los principales motivos fue controlar la agitación provocada por los movimientos sindicales dirigidos por el Partido Comunista. Los Liberales, Agrario-Laboristas, Conservadores, la mayoría de los Radicales e incluso un sector de los socialistas, con quienes traían rencillas desde la efímera República Socialista, fueron parte de la excomunión a los comunistas de la vida democrática. La Falange Nacional, futura Democracia Cristiana estuvo en contra de la ley, mientras que, los socialistas que respaldaron al PCCh formaron diversas agrupaciones que permitieron que el PC participara desde su clandestinidad en actividades políticas e incluso ir a elecciones. La promulgación de esta ley incluso llevó a la división al Partido Conservador, entre quienes se escindieron los socialcristianos, contrarios a la ley y el Partido Conservador Tradicionalista, fiel a González Videla. Al final, González Videla fue el único Presidente en haber gobernado con todos los partidos del espectro político formal chileno.

A pesar de que todos los candidatos a la elección presidencial de 1952 prometieron su derogación, Carlos Ibáñez del Campo la utilizó casi hasta el final de su mandato. Solo fue derogada en 1958, al encontrarse Carlos Ibáñez del Campo en el punto más bajo de su Gobierno y sin heredero político. Así intentaría evitar la conquista de la presidencia de Jorge Alessandri Rodríguez, hijo de Arturo Alessandri Palma, cercano a la derecha economicista, todo esto sin éxito, porque Alessandri Rodríguez se convertiría en el próximo presidente del país.

5. SEPTIEMBRE DE 1973: DICTADURA DE AUGUSTO PINOCHET

Con el comunismo en plena actividad política, tanto en el Gobierno de Eduardo Frei Montalva, como luego siendo parte del Gobierno de la Unidad Popular, la polarización del país llegó su punto más

⁴ Fragmento.

álvido en la segunda mitad del siglo XX, desencadenando el golpe de Estado del 11 de septiembre de 1973. A partir del golpe y posterior derrocamiento del Gobierno de Salvador Allende, tanto el PC como otras organizaciones de tendencia marxista o socialista fueron perseguidos, no sin que algunos pasaran directamente a la clandestinidad y resistencia armada, como fue el caso del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR), fundado en 1965 por Miguel Enríquez. Algún tiempo después, el PCCh tomó la determinación, tras un proceso de reestructuración interna en la clandestinidad, de crear el Frente Patriótico Manuel Rodríguez (FPMR), brazo armado del partido, fundado en 1983, que se destacó como el principal movimiento guerrillero de la izquierda hacia la segunda mitad de la dictadura de Pinochet. Entre los ataques de estos últimos estuvo el atentado contra Pinochet en 1986 y, luego, en la vuelta al orden democrático-liberal, el asesinato del senador Jaime Guzmán en 1991.

Tras la caída de la Unidad Popular, la mayor parte de las persecuciones, desapariciones y asesinatos fueron llevadas a cabo por la Dirección Nacional de Inteligencia (DINA), hasta 1978, y posteriormente por la Central Nacional de Informaciones (CNI), hasta 1990. Todo esto, bajo el contexto de la Guerra Fría, el dominio estadounidense en el bloque occidental y la formación militar en la Escuela de las Américas, en el marco de la doctrina de seguridad y combate ante los enemigos internos, surgida tras la revolución cubana e implantada por los mismos Estados Unidos, que derivó también, en distintas dictaduras a lo largo de América Latina. La política de persecución se mantuvo de forma extrainstitucional, consolidándose con la principal obra del régimen, la Constitución de 1980. La oficialización de la proscripción del comunismo fue el artículo 8 de la Constitución, que fue derogado en 1989: “Todo acto de persona o grupo destinado a propagar doctrinas que atenten

contra la familia, propugnen la violencia o una concepción de la sociedad del Estado o del orden jurídico, de carácter totalitario o fundada en la lucha de clases, es ilícito y contrario al ordenamiento institucional de la República”.

La crisis económica de 1982 propició el aumento de las protestas contra la dictadura, impulsadas por sectores gremiales, estudiantiles, y sindicales, a las cuales se unen también los proscritos, y en plena reestructuración, partidos políticos, entre ellos el Partido Comunista. Sin embargo, este último se caracterizó por el impulso de una política insurreccional respecto del régimen de Pinochet. Si bien el enfrentamiento frontal hacia el régimen fracasó al no lograr su derrocamiento, el PC no se unió en principio a los movimientos de izquierda que derrotaron a Pinochet en el plebiscito de 1988, manteniendo políticas subversivas también durante la década del 90.

6. CONSIDERACIONES FINALES

Si bien, al Partido Comunista, como hemos visto, se le ha perseguido en distintas ocasiones a lo largo del último siglo, esto no es algo exclusivo del Chile de hace unos años. Así, existen esfuerzos contemporáneos de enfrentar la difusión y apología de esta ideología, yendo desde resoluciones de la Unión Europea hasta la tramitación de proyectos de ley en Brasil, pasando por la categórica prohibición en países de Europa del Este, que experimentaron el yugo soviético, con Polonia y Ucrania como ejemplos emblemáticos. Si bien no podemos validar que algo deba ser prohibido para comprender su peligrosidad, no son pocos los ejemplos donde esta decisión ha sido parte de la solución al peligro en cuestión. Después de todo, la política se ha basado constantemente en el predominio y subordinación de verdades. “Yo creo que al Presidente le interesaría mucho dejar fuera de la ley al PC”, declaró Guillermo Teillier,

presidente del Partido, en febrero de este año, mostrando que la herida sigue abierta, a lo que agregó: “El derecho a vivir en paz se conquista, no se proclama desde las alturas”. Y es que, la historia del hombre es más compleja que sólo sentarse a dialogar con quienes han dicho estar abiertamente en posición de combate contra el orden vigente.

BIBLIOGRAFÍA

Bravo Lavín, Mario. Chile frente al socialismo y al comunismo, Editorial Ercilla, Santiago, Chile, 1934.

Corvalán, Luis. Unión de las fuerzas revolucionarias y antiimperialistas de América Latina. Impresora Horizonte, Santiago, Chile, 1967.

Cruz Salas, Luis. La República Socialista del 4 de junio de 1932. Centro de Estudios Miguel Enríquez, ediciones Tierra Mía, Santiago, Chile, 2002.

Mesa Seco, Manuel Francisco, El comunismo ante la ley chilena, Tesis de licenciatura, Santiago, Chile, 1947.

Rojas, Jorge. La dictadura de Ibáñez y los sindicatos (1927-1931). Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, Santiago, Chile, 1993. Vásquez, David y varios autores.

Arturo Alessandri Palma y su época: Vida, política y sociedad. Biblioteca del Congreso Nacional de Chile, Santiago, Chile, 2012.



La insuficiencia del nacionalismo: «Evaluación histórico-política desde el tradicionalismo católico»

POR ARTURO SALAZAR

El nacionalismo como tal, es una ideología propia de la Modernidad. Si bien es complejo definirlo, puede ser entendido como “una ideología y movimiento social que se aparta de la sociedad internacional bajo una exacerbación de la nación, entendida esta como la identidad colectiva de un pueblo basada en los lazos que se comparten, como la cultura, el idioma,

la etnia, la religión o la historia” (Gómez Restrepo, 2017). Podría decirse que el nacionalismo comienza en la Europa de las naciones posterior a la paz de Westfalia de 1648 (Elías de Tejada, 1954, 36-42), o en la doctrina de la “razón de Estado” tan propia de la monarquía francesa del siglo XVII-XVIII. Pero el nacionalismo, en cuanto expresión política de masas, fue heredero directo

de la Revolución Francesa, y, por lo tanto, contrapuesto al patriotismo tradicional compatible con la idea de Imperio, propia del Antiguo Régimen. El principio de las nacionalidades partió asociado indisolublemente a la soberanía nacional rousсенiana, la democracia moderna y la República de la Revolución Francesa, en oposición a las dinastías monárquicas tradicionales de la Santa Alianza.

El nacionalismo, en un primer momento, fue burgués, expresión de la quintaesencia de la República revolucionaria, y derivó en la fusión “nacional-liberal” que estuvo detrás de las revoluciones de 1848. El romanticismo fue su soporte ideológico y estético. Filosóficamente oscilaba entre la tendencia más ilustrada y humanitarista de la Revolución Francesa -el nacionalismo francés y el de los movimientos herederos de la línea francesa- y una tendencia hegeliana e idealista -el nacionalismo alemán, y los movimientos herederos del germanismo- que después dará pie a la ideología *volkisch* pangermanista. Si bien es cierto que, en el caso del nacionalismo de escuela alemana, por influencia directa del Romanticismo, se trató de una reacción contra el Iluminismo de la Revolución Francesa, no por eso deja de estar enmarcado dentro de la filosofía e ideologías propias de la Modernidad. Si la Ilustración y la Revolución Francesa son racionalistas, igualitaristas, liberales, humanitaristas y anti religiosas; el Romanticismo y el nacionalismo de raíz alemán son subjetivistas por antonomasia, exaltando el particularismo nacional contra el universalismo de la Revolución Francesa, idealizando el espíritu nacional o *volkgeist* de raíz hegeliana, adorando al Estado como síntesis de la Historia, dentro de una concepción profundamente inmanentista, historicista, y voluntarista.

Con estas raíces ideológicas y filosóficas, se desarrolla el nacionalismo durante el siglo XIX. Cénit del movimiento nacional-liberal fue la Revolución de 1848,

exaltando la unidad nacional y la soberanía contra los restos de las monarquías tradicionales que eran consideradas reliquias de otra época, que impedían la unificación nacional. Ejemplos paradigmáticos son los movimientos en torno a la unificación alemana e italiana. Pero también en países subyugados a imperios como el caso de Polonia o Hungría existieron movimientos nacional-liberales independentistas -de fuerte influencia iluminista francesa en el caso de Polonia- que cuajaron en sendas revoluciones como la de 1830-31 contra el Imperio Ruso. El jacobinismo no estuvo ausente en dicha revolución, en nombre de la independencia nacional de Polonia (Bartyzel, 2015; Rękas, 2020).

El nacionalismo, por un lado, en ciertos países como Alemania, Francia, Italia o Polonia, fue el vehículo que consolidó la Revolución. En otros países como España, Chile, Argentina, Brasil (y en general los países dentro del antiguo Imperio Español) fue el conservadurismo fusionado con el liberalismo, el que sirvió para consolidar el nuevo ideario post-1789 (Ayuso, 2007, 810). Si el liberalismo hubiera actuado por sí solo, sin las tendencias nacional-liberales o liberal-conservadoras, la herencia cristiana tradicional, aún fuerte en Occidente, habría contenido de forma más eficaz el ideario de la Revolución. Por eso tuvo esta que transar con el viejo orden en algunos elementos, así se explican figuras como Napoleón, epígono del nacionalismo francés, que se coronó él mismo en lugar de hacerlo el Papa, como sucedía en la Cristiandad; o el conservadurismo en Hispanoamérica, que rescataba elementos parciales del antiguo régimen indiano-hispánico, pero desnaturalizados y sintetizados con elementos liberales.

Mutatis mutandi, esto mismo sucederá en la Rusia revolucionaria, tras unos primeros años (década de 1920 y 1930) donde; tras conocer al comunismo en toda su naturaleza infernal y abierta demonología,

el más crudo internacionalismo proletario, la locura de suprimir la familia “burguesa” por decreto, la feroz ofensiva anti-religiosa, se generó una fuerte resistencia patriótica-religiosa entre las masas que se negaban a aceptar el comunismo. Y es allí donde surge la figura de Stalin, como el Napoleón de la Revolución bolchevique, quién en su primera fase mantiene intacto el ideario internacionalista proletario radical, para ir cada vez más acentuando el carácter nacional ruso de la Revolución, y “rusificando” el comunismo. El antes y el después definitivo lo marcó la “Gran Guerra Patriótica” contra los invasores “fascistas” -tras comprobar el fracaso de la movilización del pueblo ruso en nombre del proletariado internacional- logrando una masiva movilización a defender la Madre Patria con apelaciones a la Santa Rusia. Stalin asume un discurso cada vez más nacionalista (si bien de izquierda), lo que se verá claramente en el estalinismo de los años 40 y 50 (El Manifiesto, 2020). Esta síntesis entre el comunismo y elementos propios de la vieja Rusia zarista; como la rehabilitación de la Ortodoxia (si bien controlada íntegramente por la NKVD) y la figura de Stalin como un “anti-Zar” en palabras de Alexander Dugin (1992, 44); puso de manifiesto el maridaje entre la Tradición y la Revolución, y será el nacionalismo imperialista soviético el vehículo de consolidación del comunismo, tras la muerte de Stalin. Posterior a la muerte de Stalin en 1953, con altos y bajos, en un complejo equilibrio (con muchos vaivenes y oscilaciones entre Jrushchov, Brezhnev, Andropov y Gorbachov) entre internacionalismo proletario, el nacionalismo y el conservadurismo soviético consolidaron el marxismo leninismo de la Revolución, sin la pureza y ortodoxia marxiana que el trotkismo representaba, pero con mayor eficacia y alcance en las masas (Zapater Espí, 2005, 35-59).

En cambio, el nacionalismo y el conservadurismo “puros”, sin elementos

liberales, parecen ser elementos contrarrevolucionarios y cercanos al ideario tradicionalista. Pero, la situación es compleja. En Francia, Maurice Barres, gran poeta y literato de temas provinciales, comenzó una fecunda actividad intelectual para rehabilitar el nacionalismo y despojarlo de sus elementos revolucionarios y trasladarlo hacia una posición contrarrevolucionaria, aunque permaneciendo republicano y no monárquico (Ploncard d’Assac, 1971, 21-34). Esta tarea dará origen con el tiempo a la “Acción Francesa” dirigida por Charles Maurras. El nacionalismo liberal, revolucionario, jacobino, será llamado “nacionalitarismo” propio de la República Francesa, para diferenciarlo del nacionalismo propiamente tal, monárquico, contrarrevolucionario, tradicionalista, de influencia católica, y corporativista. Hacia fines del siglo XIX, el nacionalismo, de tener orígenes revolucionarios, pasó a ser en teoría una herramienta contrarrevolucionaria (Bartyzel, 2016; Calderón, 1983).

El nacionalismo de escuela alemana, en cambio, profundizó en el pangermanismo y el romanticismo antiliberal y se fue despojando de los elementos liberales propios de 1848, y será incluso antecedente del nacionalsocialismo hitleriano, al trabajar elementos como la ideología volkisch, el antisemitismo, el pesimismo cultural, y un rechazo a la modernidad representada por Inglaterra, Francia y EE.UU. (Ploncard d’Assac, 1971, 159-170). El nacionalismo en la mayoría de países católicos recibirá fuerte influencia de Maurras, es el caso por ejemplo de Argentina, con el periódico “La Nueva República”, de los hermanos Irazusta, que posteriormente, junto a los Cursos de Cultura Católica (Romero Moreno, 2020, 78), dará origen al nacionalismo católico argentino, o Portugal con el integralismo lusitano (Albert Márquez, 2010, 105-113), mientras que en países ajenos al ámbito de la cultura latina, como Rusia, tomarán fuerte influencia de Alemania (Zapater Espí, 2005,

30), pero con peculiaridades propias, como una profundo carácter místico-religioso ortodoxo y paneslavista en lugar de la ideología racista volkisch.

Hacia la Primera Guerra Mundial, el nacionalismo explota y desangra toda Europa en batallas que acabó con toda una generación en los campos de batalla y sembró las semillas de otra guerra mundial mucho peor. Con posterioridad a la guerra, la paz Wilsoniana y el Tratado de Versalles, posibilitaron las aspiraciones nacionalistas de los países que conformaban el Imperio Austro-Húngaro, mientras el ideario masónico-republicano francés, “nacionalitarista” según Maurras, se imponía por sobre la universalidad cristiana, vestigio de una época premoderna, y representada por la Monarquía Habsburgo, como heredera de las antiguas Españas de los siglos XVI y XVII, especialmente por su último rey, el beato Carlos I de Austria y IV de Hungría. El caso más palmario fue Checoslovaquia, pero en su medida ocurrió lo mismo con Polonia, o el Tratado de Trianón que devastó a Hungría, Yugoslavia, etc. El principio de las nacionalidades y la soberanía nacional se impuso sobre la común lealtad a un Monarca supranacional que representa la universalidad cristiana más allá de las fronteras de cada pueblo y nación.

En tal contexto llega la crisis de los años 20. Surge el fascismo, triunfa la Revolución bolchevique, y el mundo liberal burgués parece estar al borde del colapso. El nacionalismo toma una postura más agresiva, y reacciona contra la crisis del mundo liberal de 1789. Con la aparición del fascismo, el nacionalismo y el fascismo pasaron a significar casi una misma cosa, confundiendo movimientos que tenían

matrices ideológicas originarias diferentes en algunos aspectos y comunes en otras.

Durante los años 20 y 30, el fascismo se apropia del nacionalismo y lo incorpora en su proyecto de deificación del Estado. En muchos países, no solo de Europa, sino también de América y Asia, surgen movimientos paralelos, con ciertas coincidencias y notorias diferencias, amparados en el nacionalismo, como reacción a un mundo decadente¹. Muy influyente será el libro “Decadencia de Occidente” de Oswald Spengler, formado en el nacionalismo alemán. Si bien cada movimiento respondía a la situación particular de cada país, hay elementos comunes en el fascismo, y discrepamos de la tesis que considera a cada movimiento como inconmensurable con otros movimientos.

Son más las semejanzas entre los movimientos fascistas que las diferencias. Es así que el fascismo se puede caracterizar como un movimiento de masas, que sigue a un líder fuerte que es visto como encarnación del ideal nacional, con características casi místicas en algunos casos, profundamente estatista, casi siempre totalitario esto es que controla todos los aspectos de la vida social por el aparato de poder estatal; corporativista de tipo estatista (Galvao de Sousa, 1963, 87; Lira, 2018, 45), generalmente socialista o al menos fuertemente socializante², voluntarista, racista y exclusivista étnico, opuesto a todo universalismo sea liberal, cristiano o comunista, creyente en el destino excepcional de cada nación, que es concebida como un organismo vivo. Todo movimiento fascista sin excepción postulaba un nacionalismo exacerbado, sustentado en los orígenes míticos de la nación, en un pasado glorioso que se debe reconquistar, lo que lleva a la exaltación de la guerra y un

1 Surgen movimientos como el Integralismo brasileño, el Sinarquismo mexicano, los Blueshirts irlandeses, la British Union of Fascists, el Rexismo belga, la ONR (Oboz Narodowo Radykalny, Campo Nacional Radical) en Polonia, el Movimiento Hungarista, la Guardia de Hierro en Rumania, la OUN-UPA en Ucrania, la Falange Española, el Nacional Sindicalismo portugués, la Ustasha croata, Le Faisceau francés, entre otros.

2 Sobre todo, en el caso del hitlerismo, del fascismo italiano, de Falange Española y el Nacional sindicalismo portugués.

feroz impulso antropocéntrico, propio de la modernidad.

Donde están las mayores diferencias es en la esfera religiosa. Mientras algunos movimientos eran agnósticos en temas religiosos, como por ejemplo Falange española, si bien defendía en teoría la catolicidad de España, lo hacía por consideraciones histórico-culturales así como por ser la religión mayoritaria de España (Maestre, 2016, 84-93), otros movimientos como la Guardia de Hierro de Rumania eran profundamente religiosos, al grado de la exaltación mística, algo similar cabe decir del Rexismo belga de Leon Degrelle, quien confundido por el utopismo fascista, y partiendo de ideas cercanas al nacionalismo católico mauarrasiano termina viendo en Hitler un “cruzado” por la Europa cristiana, negando toda la barbarie del nazismo. Otros, como el Integralismo brasileño, tendrán una actitud ambivalente en la cuestión religiosa, en teoría defendiendo la catolicidad, pero con argumentos espiritualistas (Albert Márquez, 2020, 116). En cambio, el hitlerismo, y movimientos afines en países nórdicos, o algunos de sus colaboracionistas franceses, tendrán un marcado carácter pagano y de rescate esotérico respecto a las raíces precristianas de Europa, todo ello con fuerte contenido anticatólico y de persecución a la Iglesia en territorios ocupados, como Polonia. Por su parte, el pionero fascismo italiano, buscó instrumentalizar la religión para someterla al poder del Estado, ya que en la concepción mussoliniana no cabría actividad humana exenta del Estado, que es la encarnación de una mítica voluntad nacional suprema. Aquello incluía la promoción de los valores católicos en la sociedad, la enseñanza confesional, el crucifijo en las aulas, mas no por convicción religiosa sino como parte de la identidad nacional. En contraste, los

movimientos fascistas rusos han tenido un fuerte trasfondo místico-religioso ortodoxo, a pesar de que algunos eran abiertamente “nacional socialistas”.

Desde la vereda de en frente, la izquierda ha usado el concepto de fascismo para designar cualquier oposición, de signo patriótico y religioso, sustentada en los valores tradicionales, contra el progresismo revolucionario. El ejemplo más claro fue la guerra de España (1936-1939), donde si bien existieron fascistas en el bando nacional (Falange Española), también lucharon tradicionalistas como los carlistas –cuyo ideario es profundamente diferente del fascista– o conservadores, como el Ejército sublevado.

Así transcurrió el panorama general del nacionalismo hasta los años 40. La derrota del Eje en la Segunda Guerra Mundial significó el final, politológicamente hablando, del fascismo y en consecuencia un debilitamiento del nacionalismo, con el que se tendió a confundir. Así, experiencias que, en mayor o menor medida, fueron nacionalistas³ quedaron como reductos e islas de patriotismo y valores religiosos en un mundo que le daba la espalda a todo lo que no sea el materialismo economicista, representado por la dualidad comunismo y capitalismo de la Guerra Fría.

Después de los años 80, el nacionalismo entró en colapso en el mundo occidental, ante el fin de la Guerra Fría, y el triunfo del mundo unilateral dirigido por EE. UU., con el capitalismo, la democracia y los derechos humanos. El triunfo completo fue del liberalismo durante los años 90 y parte de la década del 2000. Un tibio renacer de cierto nacionalismo ha sido impulsado por la tendencia mal denominada “populista” y mejor denominada “nacional conservadora”, posterior al 2015 en países como Hungría, Polonia, Rusia, incluso en EE. UU. con

3 Ejemplos de estas experiencias fueron el Juan Domingo Perón en Argentina (1946-1955), Oliveira Salazar en Portugal (1928-1974), el régimen de Franco en España (1939-1975), los socialismos nacionalistas árabes y los movimientos nacionalistas en Hispanoamérica durante los años 50-70.

Donald Trump y el Brexit en Inglaterra. Este conservadurismo no liberal que supera el fusionismo liberal conservador de los años 90 y 2000 (Mesa León, 2020; De la Llave, 2020), que no teme una concepción más social de la economía de mercado frente a los excesos del neoliberalismo Thatcheriano-Friedmanita y que reacciona contra la agenda progresista y globalista que sepulta los valores tradicionales en Occidente. En otros casos llamativos, como Vox en España o AfD en Alemania, puede verse más bien un renacer de la corriente nacional-liberal de 1848.

A este punto, ¿Cuál es el problema del nacionalismo? Para responder, desde una postura tradicionalista, analizaremos la Acción Francesa y el nacionalismo católico argentino.

La Acción Francesa de Maurras, pese a los notables logros intelectuales y culturales que produjo, tuvo sus problemas (Ayuso, 2010, 79), entre los cuales estaba el positivismo como matriz, una visión “física” (naturalista) de la política o el agnosticismo del movimiento. Y, pese a todo, ha sido el mayor movimiento de defensa de la catolicidad en la Francia post-1789. El movimiento que aglutinó a los católicos, la “cátedra del Syllabus”, bastión contra el modernismo teológico, compuesto por filósofos tomistas como el Cardenal Billot, el padre Le Floch, incluso a Jacques Maritain (antes de su ruptura con Acción Francesa tras el equívoco de la condena vaticana de 1926 que fue tardíamente levantada en 1939) (Fernández de la Cigoña, 1974, 876-879). Francia sin duda era y es un país ganado por la Revolución y con un Antiguo Régimen sumamente contaminado de absolutismo monárquico, centralismo borbónico y rococó espiritual que carcomió la catolicidad antes que las guillotinas. En ese sentido la Acción Francesa fue lo mejor que pudo producir una Francia que ya en el siglo XV abandonó su misión católica y se entregó a la mezquina “razón de Estado”

moderna”, al egoísmo del interés nacional vía soberanía de Bodin.

En Portugal, el nacionalismo del integralismo lusitano de Antonio Sardinha tomó muchos elementos de Acción Francesa, pero profundizando el carácter católico del movimiento y apartándose del positivismo compeano propio de Maurras. Oliveira Salazar logró una eficaz síntesis político-práctica con elementos social cristianos e integralistas pero sin la monarquía -era un accidentalista político-, fuertemente influenciado por Maurras (Pinho de Escobar, 2014, 219-253), pero con una matriz filosófica aristotélica-tomista clásica. Si bien se definía como nacionalista, en la práctica actuó mucho más cercano al concepto tradicional de Patria, sin el revanchismo portugués anti-español, pero sin llegar al ideal de alianza ibérica propugnado por Sardinha. Su “nacionalismo” fue sui generis y atenuado en la práctica. Podemos decir que fue un error conceptual hablar de nacionalismo en el caso del salazarismo portugués, porque, en caso de serlo, habría sido hostil a España.

En principio, pareciera ser que un nacionalismo no fascista es perfectamente aceptable y mejor aún si tiene fuerte influencia católica. Para examinar esto tomaremos el caso del nacionalismo católico argentino, que es un movimiento que surge en los años 20, fuertemente influenciado por la Acción Francesa de Maurras, y las encíclicas sociales y antiliberales de los Papas, así como una rica escuela de filósofos tomistas (Julio Meinvielle, Leonardo Castellani, Carlos Sacheri, Jordán Genta, Alberto Caturelli, etc.) que promovía la regeneración espiritual y moral de Argentina. la defensa de la Catolicidad y la Hispanidad, el revisionismo histórico, una organización social y económica corporativa, frente al capitalismo y al socialismo, la doctrina del Reinado Social de Cristo, entre otros elementos contrarrevolucionarios.

El problema fundamental, pese a

todos sus logros y aspectos positivos, es que intenta conciliar imposibles. Según la teoría hilemórfica, en cuanto a la materia, defiende plenamente los valores de la Tradición hispánica y católica, pero en la forma adhiere a la ideología de la Revolución que en Hispanoamérica se manifestó en el proceso de Independencias, defendido por autores como Antonio Caponetto (2020; 2016) como una legítima sublevación amparada en la escolástica suareciana, frente a la Junta de Cadiz y la felonía de Fernando VII y como un acto de afirmación hispánica, de pretendido retorno a la Hispanidad original del siglo XVI.

Pero todo eso es cuanto menos cuestionable, porque lo que surgió de las Independencia fueron constituciones más liberales que la misma Constitución de Cadiz de 1812 y un evidente agravamiento de los males que se sufrían bajo los Borbones tras descender los reinos hispanoamericanos a la categoría de repúblicas. El nacionalismo al final cae siempre en lo mismo, la exaltación de la nación sustentada en mitos en lugar de realidad histórica. En definitiva, pese a una inmensa mayoría de elementos sanos, como es el caso del nacionalismo católico argentino, todavía queda una pequeña parte que contamina todo lo demás. La materia, es informada por la forma, que es principio de determinación y especificación.

Este problema es evidente en el anti-chilenismo de muchos nacionalistas católicos argentinos. Chile es considerado un enemigo existencial, aliado de Inglaterra y cuyo debilitamiento es una tarea imprescindible de un verdadero nacionalismo argentino. Anteponen la Nación por sobre la hermandad de los pueblos hispánicos y católicos. Históricamente, el nacionalismo fomentó incontables odios raciales y étnicos, odios nacionales contra pueblos hermanos fronterizos, incluso de la

misma religión, amparándose en el egoísmo nacional e impidiendo la consolidación de bloques geopolíticos denominados “grandes espacios” (Alsina Calvés, 2019), como el Imperio Austro Húngaro o en su momento el Imperio Español en América⁴. Se fomentaron guerras intestinas, cuyo mejor ejemplo es la Primera Guerra Mundial que fue totalmente en vano. Degeneró en el fascismo, un movimiento nefasto para el olvido, que sepultó quizás para siempre la esperanza de la restauración tradicional.

Así, la evaluación del nacionalismo desde el tradicionalismo indica que el nacionalismo termina en exclusivismo nacional, egoísta y fratricida, a partir de una concepción exagerada, cuando no fantasiosa, sobre los orígenes histórico-políticos del pueblo en cuestión, al tiempo que deliberadamente se confunde al Estado moderno con la Nación, desde una perspectiva reticente a cualquier organización de tipo supra-nacional. Por esto no conviene usar la denominación nacionalismo a la integración de las patrias en el ideal católico, porque a lo que se aspiraría entonces es en realidad tradicionalismo. Y solo la Tradición, genuina, hispánica y católica, es fuente de luz y hermandad, futuro y esperanza para nuestros pueblos que llevan poco más de 200 años sufriendo las consecuencias de la Revolución.

BIBLIOGRAFÍA:

Albert, José. (2010) Hacia un Estado Corporativo de Justicia. Fundamentos del Derecho y del Estado en José Pedro Galvao de Sousa. Atelier Libros Jurídicos: Barcelona

Alsina Calvés, José. (2019) “Geopolítica del hispanismo”, en Posmodernia. Recuperado de <https://posmodernia.com/geopolitica-del-hispanismo/>

⁴ Excepción cabe hacer del General Perón, quién entendió este problema y pretendió una alianza con Getulio Vargas en Brasil y Carlos Ibáñez del Campo en Chile, para una geopolítica eficaz. Lamentablemente no fue continuado este proyecto tras la caída de Perón.

- Ayuso, Miguel. (2007). "Conservación, Reacción y Tradición. Una reflexión en torno a la obra de Nicolás Gómez Dávila", en *Verbo*, Vol. 459-460, Madrid.
- Ayuso, Miguel. (2010) "Una visión española de la Acción Francesa", en *Anales de la Fundación Francisco Elías de Tejada*, N°16, Madrid
- Bartyzel, Jacek. (2015) "O powstaniu listopadowym słów kilka". Recuperado de <https://myslkonserwatywna.pl/prof-bartyzel-o-powstaniu-listopadowym-slow-kilka/>
- Bartyzel, Jacek. (2016) *Prawica-Nacjonalizm- Monarchizm. Studia politologiczne-historyczne*. Editorial Von Borowiecky: Varsovia; Calderón Bouchet,
- Rubén. (1983) *Nacionalismo y Revolución: en Francia, Italia y España*. Librería Huemul: Buenos Aires.
- Caponetto, Antonio. (2020) *Respuestas sobre la Independencia*. Bella Vista Ediciones: Buenos Aires.
- Caponetto, Antonio. (2016) *Independencia y Nacionalismo*. Katejon: Buenos Aires.
- De la Llave, Diego. (2020) "Manifiesto por un Conservadurismo Nacional", en *Actuall*. Recuperado de <https://www.actuall.com/democracia/manifiesto-por-un-conservadurismo-nacional-por-diego-de-la-llave>
- Dugin, Alexander. (1992) *Rusia: El Misterio de Eurasia*. Grupo Libro: Madrid.
- Elías de Tejada, Francisco. (1954). *La monarquía tradicional*. Ediciones Rialp SA: Madrid.
- El Manifiesto. (2020) "1920: un ejemplo", Recuperado de <https://elmanifiesto.com/tribuna/781601066/1920-un-ejemplo.html>
- Fernández de la Cigña, Francisco José. (1974) "Maurras, Maritain y Mounier... A propósito de dos libros", en *Verbo*, N°126, Madrid. Recuperado de https://fundacionspeiro.org/downloads/magazines/docs/pdfs/4179_maurras-maritain-mounier-a-proposito-de-dos-libros.pdf
- Galvao de Sousa. (1963) "Do principio de Subsidiariedade ao corporativismo", en *Digesto Económico*, N°170, Sao Paulo; Lira,
- Osvaldo. (2018) *Obras Completas. Tomo III. Nostalgia de Vásquez de Mella. Catolicismo y Democracia*. Tanto Monta: Santiago
- Gómez Restrepo, Alejandro. (2017) "El renacimiento del nacionalismo en Europa". Recuperado de <https://cepri.upb.edu.co/index.php/lineas-de-investigacion/relaciones-internacionales/nacionalismo-europa-sigloxxi>
- Lopez Ballesteros, Manuel. (2006). "El Nacional Socialismo y sus antecedentes filosóficos: el Romanticismo y el Irracionalismo". Capítulo II: "El Romanticismo Alemán como fuente del Nacional Socialismo". Recuperado de http://catarina.udlap.mx/u_dl_a/tales/documentos/lri/lopez_b_m/capitulo2.pdf
- Maestre, Gonzalo. (2016) "El tema religioso-católico en Falange Española durante la Segunda República", en *Aportes*, N°90, Madrid
- Mesa León, Antonio. (2020) "La muerte del liberalismo conservador", en *El Censor*. Recuperado de <https://www.elcensorrevistadigital.com/2020/09/la-muerte-del-liberalismo-conservador>.

html?m=1

Pinho de Escobar, Marcos. (2014). Perfiles maurrasianos en Oliveira Salazar. Ediciones Buen Combate: Buenos Aires.

Ploncard d'Assac, Jacques. (1971) Doctrinas del Nacionalismo. Ediciones Acervo: Barcelona.

Rękas, Konrad. (2020) "Powstanie listopadowe jako rewolta przeciw konserwatyzmowi polskiemu". Recuperado de <https://myslkonserwatywna.pl/rekas-powstanie-listopadowe-jako-rewolta-przeciw-konserwatyzmowi-polskiemu/>

Romero Moreno, Fernando. (2020) La Nueva Derecha. Reflexiones sobre la Revolución Conservadora en la Argentina. Grupo Unión: Buenos Aires.

Zapater Espí, Luis-Tomas. (2005) El nacionalismo ruso. La respuesta euroasiática a la globalización. Colección Amadis: Valencia.



Puntos de encuentro entre la ideología y la cinematografía: «La ilusión de la neutralidad»

POR FELIPE RICHARDSON

Es común en nuestros agitados días oír de manera recurrente la palabra “ideología”. Distintas figuras públicas de la política nacional acusan en sus contendores esta presencia maligna, enseñándose recíprocamente con un concepto que hoy por hoy guarda el cariz de un insulto. La familiaridad del concepto ideología constituye, aunque sea por estos motivos

espurios, un acercamiento preliminar para todos aquellos que nos aventuramos en algún momento a querer entender de qué se tratan los asuntos que se dirimen en las ceremonias de la política.

La última década del mundo del cine, a su vez, ha estado en el blanco de este tipo de acusaciones. Quentin Tarantino, por ejemplo, ha denunciado el avasallamiento

del arte en manos de la ideología¹. Por otro lado, diversos tópicos se han instalado en el vocabulario habitual de las grandes productoras: raza, género, diversidad, inclusión, transexualidad. Reflejo de esto son las políticas que han adoptado compañías cinematográficas como Amazon Studios² o Disney³. La introducción de identidades sexuales “disidentes” en grandes títulos comerciales es pan de cada día, alcanzando incluso franquicias basadas en cómics⁴. Parecería ser que la presentación de estos fenómenos no guarda relación con el simple hecho de retratar realidades, sino que, más bien, guarda relación con una producción positiva de realidades que pretende imponerse como nueva norma.

Por supuesto, nuestra proximidad con el concepto habría de instigarnos a querer entenderlo, más allá de su vestidura como descalificación o como elemento casi patógeno dentro del mundo artístico. ¿Qué significa que una persona hable de manera ideológica?, ¿qué quiere decir ideología y en qué medida la maleabilidad de su contenido nos puede explicar que sea usada como una afrenta contra un adversario? Estas preguntas son naturales para nuestra curiosidad. El objetivo es que podamos responderlas o, cuanto menos, esforzarnos para intentar responderlas. A todo ello apunta el texto que podrán leer a continuación.

I – EL CONCEPTO DE IDEOLOGÍA

Repaso histórico del concepto

Los pensamientos filosóficos están siempre sometidos al avance de la historia, afectados por las vicisitudes del tiempo. El concepto ideología no es una excepción a esta regla. Inicialmente se trató de

un concepto surgido en relación con el desarrollo de la ciencia, definiéndose como “aquellos aspectos irracionales de la mente humana que interfieren en el conocimiento científico”⁵. Así fue transitando a través de diversos pensadores (De Tracy, Bacon, Comte, Durkheim, Marx), aunque sin un tratamiento sistemático ni una definición de consenso universal.

El rasgo común de su uso estaba dado por su naturaleza moderna y secular, esto es, como respuesta contra el régimen teocéntrico del Antiguo Régimen. Ciertamente, el concepto de ideología, a pesar de su ambigüedad, puede ser contextualizado en un ambiente secularizado, donde el pensamiento, impulsado por un optimismo en las ciencias, pretende dejar atrás el “engaño sacerdotal”.

Ideología desde Marx

El filósofo alemán, desarrolló el concepto a partir del trabajo precedente del pensamiento moderno. Es decir, partió del rechazo de la religión y la metafísica en tanto ideas irracionales al servicio de la nobleza dominante, apoyando, por el contrario, a la ciencia y la razón como ideas racionales que reconstruirían la sociedad. Es conocida, por ejemplo, la herencia feuerbachiana que aporte la crítica de la religión como un fenómeno de la conciencia que debe ser superado

Marx, no obstante, reticente del idealismo, concibió esta crítica más allá de los confines del idealismo alemán, rechazando hacer del asunto un problema del pensamiento puro. De tal modo, Marx, separándose de Feuerbach y Hegel, consideró la religión a la luz de las condiciones materiales que la producían: “(...) cuando Marx produjo su concepto de ideología

1 https://www.insidehook.com/daily_brief/movies/quentin-tarantino-real-time-films

2 <https://dei.amazonstudios.com/inclusion-policy/>

3 <https://thewaltdisneycompany.com/app/uploads/2019/09/DiversityAndInclusionCommitment.pdf>

4 Véase la reciente revelación de la condición sexual del personaje “Loki” y otros: <https://time.com/6075230/loki-bisexual-mcu-lgbtq-representation/>

5 Larraín, J. (2007). El concepto de ideología (p. 14). Santiago de Chile: LOM Ediciones.

fue mucho más lejos que esta antropología feuerbachiana y entendió la religión como un producto social” (Larraín, 2007: 32). Marx intentó trascender el psicologismo moderno que circunscribió la antinomia ciencia-religión a un ámbito abstracto, cuyo sujeto era un hombre universal estático ajeno a sus relaciones materiales. En efecto, Marx estaba convencido de que, en tanto el hombre no es un sujeto abstracto, la filosofía abstracta no basta para superar la religión: al contrario, “La única manera en la que el ser humano puede deshacerse de la ilusión religiosa es destruir el mundo social que la produce” (Ibid: 43). Esto último remite, por supuesto, a la práctica revolucionaria en la sociedad de clases.

En el esquema marxiano, “Lo que los individuos son depende, por tanto, de las condiciones materiales de su producción” (Marx, 2014: 16). Es decir, es el hombre quien produce la realidad material a través de su intervención en el mundo; su práctica es la que produce las condiciones materiales que se vuelven independientes respecto de sí mismo, ajenas a su voluntad y objetivándose en detrimento de la individualidad de los hombres. Por esto, si se desea acabar con la sociedad de clases y la dominación que implica, los individuos están llamados a dominar estas circunstancias y el azar, para recuperar su individualidad y controlar el poder objetivo alienado, que no es sino el producto de ellos mismos. En otros términos, Marx plantea que “En la medida que los seres humanos en su práctica diaria reproducen este poder objetivo y sus contradicciones, en la medida que no se proponen destruirlo por medio de una práctica revolucionaria, su versión consciente de estas contradicciones va a estar necesariamente distorsionada” (Larraín, 2007: 76).

Con la realidad social como base para el entendimiento de aquellos pensamientos que se categorizaron en lo que se entendió por ideología, Marx analiza las inversiones -concepto referido a la diferencia entre las apariencias y el mundo interior- de la

conciencia, identificadas por Hegel, como efectos de contradicciones en la realidad material misma. En específico, se refiere a las contradicciones materiales del capitalismo, que devienen en la inversión a nivel de conciencia.

Siguiendo esta línea argumentativa, en la que se afirma que las inversiones de la conciencia son productos de las contradicciones materiales del hombre y, por, ende, las condiciones materiales determinan la conciencia, la ideología “es una forma particular de conciencia que provee un cuadro distorsionado o inadecuado de las contradicciones, sea ignorándolas o representándolas mal.” (Larraín, 2007: 72). La ideología, entendida como un conjunto de ideas que sirven necesariamente a la clase dominante (burguesía), esconde que las contradicciones a nivel de la conciencia se deban a las contradicciones y, por tanto, impide que se lleve a cabo una revolución práctica.

Ideología en su acepción positiva

El concepto marxiano, originalmente concebido como pura negatividad, es decir, como negación de algo, mutó con el desarrollo del marxismo y la aparición de nuevos pensadores revolucionarios. El concepto comienza a neutralizarse en la primera generación de marxistas. En Plenajov, marxista ruso, ya se concibe la ideología como la totalidad de las formas de conciencia; de hecho, el ruso pluraliza la ideología: ya no se trata de la ideología, sino de las ideologías, por lo que la ideología de los dominados se escinde como posibilidad revolucionaria. Bernstein, por su parte, cuestiona si el marxismo mismo se trata de una ideología, llegando a responder que, mientras el socialismo en sus inicios fue ideológico, el marxismo está teñido, de cierta manera, de ideología.

Aunque ya es posible hablar de un concepto neutral de ideología, este es consolidado como tal con los aportes de

Lenin. Dado el contexto histórico ruso, de una aguda polarización e intensa lucha política, la importancia de las ideas y su estudio se hizo cada vez mayor. Dentro de este contexto, Lenin concibe que la superestructura y su contenido, esto es, las ideas, tienen un papel importante para la sublevación de la clase obrera. Aquí, la ideología, en tanto un conjunto de ideas o formas de conciencia, no se limita a la burguesía: existe también una ideología de la clase dominada, una ideología del proletariado, esto es, el marxismo.

Esta reconceptualización marca un punto de inflexión para la izquierda marxista. Ahora la clase obrera deberá ocuparse de tener su propia ideología, en tanto “ideología es aquí concebida como un dominio o campo de lucha teórica en la que se expresan diferentes intereses de clase. Estos intereses de clase contradictorios se manifiestan en diferentes ideologías de clase que están en “lucha ideológica” entre sí” (Larraín, 2008: 41).

Posteriormente, el concepto de Ideología se desarrollará derechamente en su acepción positiva. Lukács, marxista húngaro, sigue la línea demarcada por Lenin al concebir las ideologías como “expresiones políticas y teóricas de los intereses de varias clases en lucha dentro de la sociedad capitalista” (Ibid: 87). En consecuencia, el desarrollo de una ideología marxista que contribuya a la realización de la práctica revolucionaria es necesario en tanto de este se valdrá, en última instancia, la reproducción de las condiciones materiales que satisfagan los intereses del proletariado.

Esto es precisamente lo que ocupa al italiano Antonio Gramsci, quien reflexiona desde la situación de fracaso en su tierra natal, donde la esperanza de una revolución se agotaba con el avance del fascismo. Inspirado por Lukács, es consciente de que la burguesía, prescindiendo de la fuerza coercitiva, desarrolló una visión de mundo (Weltanschauung) a la que la clase obrera se adhirió, y, del mismo modo, la

tarea de las clases dominadas debía ser la de construir una visión de mundo que se volviera hegemónica. La hegemonía consiste “en que la clase dominante logra hacer aceptar voluntariamente por otros grupos sociales todo un sistema de valores, actitudes y creencias que apoyan el orden establecido” (Larraín, 2008: 109). La ideología, a su vez, es definida como “una concepción del mundo que está implícitamente presente en el arte, en el derecho, en la actividad económica y en todas las manifestaciones de la vida colectiva e individual” (Ibid: 108).

Sumando estos dos elementos mencionados en el párrafo anterior, Gramsci entiende que la revolución dependerá en gran parte de que la ideología del proletariado se hegemonice, tarea en la que los intelectuales orgánicos tienen un papel fundamental, pues ellos, en una relación dialéctica con las masas, inciden en la formación de conciencia y la diseminación ideológica. Si esto no se logra, no habrá la suficiente cohesión social como para llevar a cabo una revolución y mantener, tras esta, el poder político. En efecto, del mismo modo en que la burguesía, además de producir ciertas condiciones materiales, necesita reproducir tales condiciones a través de la hegemonía de su ideología, el proletariado ha de pasar por el mismo proceso si es que desea triunfar en esta lucha. Tal como lo expresa Kolakowski (1983), “La hegemonía cultural era una condición fundamental y previa para la consecución del poder político. La clase trabajadora sólo podría alcanzarla impartiendo primero su cosmovisión y sistema de valores a las demás clases que pudiesen ser sus aliados políticos: de esta forma se convertiría en el líder intelectual, al igual que había hecho la burguesía antes de alcanzar el poder político.” (p. 239).

II – CINE Y DIMENSIÓN EXTRACINEMATOGRAFICA

Querer inmiscuirse en una

explicación del concepto de ideología desde la comodidad de una butaca exige una justificación. En efecto, si es que la política se trata de una dimensión propia de la vida pública del ser humano, ¿cuál sería el propósito de querer indagar en ella desde ámbitos relacionados con el arte?; más aún, ¿cuál sería el privilegio del cine frente a otras manifestaciones artísticas, como lo fuera la literatura? Todo esto precisa de un esclarecimiento oportuno.

En primer lugar, hemos de aclarar que el cine no dispone de privilegio alguno. Se trata, más bien, de un posible acercamiento entre otros. La literatura, por ejemplo, ha sido un terreno fértil de análisis políticos. El cine, en nuestro caso, debe destacarse ante todo como un tipo de arte de consumo masivo que sigue tendiendo al alza. Las plataformas digitales cuentan con estadísticas de cifras millonarias⁶, dando cuenta del consumo masivo de contenido audiovisual en nuestros tiempos. No hay duda de que el cine constituye un tipo de arte de consumo masivo por su fácil acceso. Por supuesto, no es esto el punto principal del cine como un objeto capaz de ser penetrado por contenidos propios de la política: es necesario profundizar en el cine mismo.

El cine es producto de una composición: imagen y movimiento. Mientras la pintura está limitada a imágenes estáticas, el cine despliega su arsenal técnico para producir un nuevo tipo de contenido donde las imágenes no necesitan de la imaginación del sujeto para adquirir vida. La naturaleza de esta imagen es la reproducción objetiva de lo real: el cine se trata de reproducir exactamente lo que hay delante de la cámara. Si bien puede disputarse la prevalencia de uno de los dos componentes básicos, es conveniente concebir que el lenguaje del cine es principalmente un lenguaje de las imágenes.

No obstante, esta reproducción no es mera mimesis⁷. En el cine intervienen una serie de factores técnicos y creativos que alteran la imagen reproducida por la cámara. En efecto, “La imagen cinematográfica nos da, pues, una reproducción de la realidad, cuyo realismo aparente, en verdad está dinamizado por la visión artística del realizador” (Martin, 2002: 31). Esta visión importa contenidos subjetivos en cuanto al o los realizadores del trabajo artísticos.

La mirada del artista posibilita la introducción de diversos elementos de distinta índole que sirven al propósito creativo de entregar un mensaje o dotar de sentido a una secuencia de imágenes presentadas a lo largo de un metraje. Dentro de las posibilidades, podemos resaltar la producción de representaciones culturales y políticas de una sociedad determinada, por cuanto “el cine reproduce en sí mismo las representaciones políticas y culturales que se podría precisar como estructuras psicosociales intersubjetivas” (Saldarriaga, 2011: 29-30).

En efecto, el largometraje está compuesto de contenidos que exceden el propio campo del lenguaje fílmico, alcanzando dimensiones de la existencia humana que son presentadas bajo las modulaciones propias de la técnica cinematográfica. El desentrañamiento del sentido de un largometraje pasa, por ende, por un trabajo de interpretación que incluye leer el ámbito extracinematográfico. En otras palabras, “para detectar en una cinta cinematográfica lo que está más allá de su apariencia, porque se trata de correlatos analógicos que introducen contenidos subliminales, los que, para ser detectados y comprendidos en su verdadero alcance, es preciso situarse de algún modo fuera del cine; es decir, en niveles de reflexión que necesitan del concurso de otras ramas del

6 <https://www.businessofapps.com/data/netflix-statistics/#NetflixUserStatistics>

7 El cine suscitó, de hecho, tal como destaca José Antonio Pérez, un “reavivamiento del debate en torno al realismo artístico y la necesidad de renovar los planteamientos ante el mismo”. Véase Pérez, B. J. A., & Digitalia (Firm). (2008). Leer el cine: La teoría literaria en la teoría cinematográfica. Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca.

conocimiento, las cuales exceden el ámbito del saber cinematográfico” (Soubllette, 2011: 9).

Más aún, si es que adoptamos aquella noción que define al cine no como un lenguaje, sino como un discurso, es más sencillo entender la importancia de aquellos elementos extrínsecos que constituyen al cine. Esto es identificado con precisión por Pérez (2008) al examinar las relaciones entre el cine y la literatura: “Es este entendimiento del cine y la literatura como fenómenos sociales y comunicativos lo que hace posible superar su caracterización en cuanto «lenguajes» y nos permite considerarlas como discursos, esto es como producciones sostenidas y coherentes de sentido dentro del funcionamiento simbólico global de una sociedad” (p. 27).

Precisamente, en estos ámbitos es donde intervienen factores que alcanzan incluso el terreno de la ideología. Ejemplo ilustre del cine político es el montajismo soviético. Eisenstein, uno de los directores y teóricos principales del movimiento, teorizó sobre la importancia del montaje a la hora de crear un cine de corte revolucionario, importando la idea originalmente teatral de agit-atracciones, que “define la línea correcta en la construcción de una práctica teatral compatible con las exigencias ideológicas de la revolución”⁸. El cine, desde el montajismo, pretende guiar al espectador en un sentido predeterminado montando todos los elementos fílmicos sobre una misma unidad estructural.

Para Eisenstein, el cine constituía un “medio que podía estimular el pensamiento y el cuestionamiento ideológico mediante técnicas constructivistas”⁹. Posteriormente, Vertov, de la misma procedencia y colaborador del mítico director francés Jean-Luc Godard, se erigió como una figura más radical que el propio Eisenstein. En

efecto, oponiéndose férreamente al cine comercial y burgués, “El objetivo central y programático de Vertov, tal y como lo definió en *La esencia del cine-ojo* era ayudar a todos los individuos oprimidos y al proletariado en su conjunto en su esfuerzo de comprender los fenómenos de la vida que les rodea”¹⁰.

En una etapa posterior, y más cercana al contexto de la Europa occidental, “La teoría del cine en los años sesenta se erigió sobre la base de los anteriores logros de la teoría de izquierdas (Eisenstein, Vertov, Pudovkin, Brecht, Benjamin, Kracauer, Adorno, Horkheimer)”¹¹. Esta etapa histórica estuvo atravesada por una intensa actividad de la izquierda a nivel general, donde luchas armadas revolucionarias, anticoloniales, antiimperialistas, movilizaciones populares y movimientos de protesta abundaron a lo largo del mundo.

Gracias a la contribución de pensadores como Gramsci, Althusser y Lacan, diversos teóricos del cine reflexionaron sobre la posición compartida en torno a un estructuralismo que afirmara al sujeto como una mera construcción desplegada sobre una estructura ajena a la individualidad. Diversos directores del ambiente europeo se basaron en las teorías revolucionarias para sus propuestas cinematográficas¹².

Ahora bien, los ejemplos anteriores datan, quizás para algunos, de una época anticuada, cuyos temas han sido superados. No son estos los tiempos del gigante bloque soviético y su institucionalidad rigurosa a la hora de planificar lo que producen sus países, incluso a nivel de arte. Aun teniendo tal equivocación como algo verdadero, el cine ha seguido encaminado en diversos casos por estos derroteros, quizás de manera más silenciosa y sofisticada, clandestina y subliminal.

En nuestros tiempos, para quienes

8 Xavier, I., & Cámara, M. (2008). *El discurso cinematográfico* (p. 171). Buenos Aires: Manantial.

9 Stam, R. (2001). *Teorías del cine*. (p.58). Barcelona: Paidós.

10 Ibidem.

11 Ibid., p.157

12 Ibid., p.163

señalan con ahínco y fervor que el marxismo y sus experimentos soviéticos yacen enterrados a kilómetros y kilómetros bajo tierra, podemos encontrar nuevos contenidos en cuanto al pensamiento revolucionario de izquierda. Un ejemplo recurrente es el caso del posestructuralismo, movimiento intelectual que crea una atmósfera escéptica y casi fóbica a los términos como la solidez, la centralidad o los binarismos recurrentes, empapando, por mor del rechazo a toda pretensión totalizadora, la producción y análisis cinematográficos.

Este proceso puede reflejarse en el caso del cine chileno, en cuyo caso se transitó del sujeto popular del Nuevo Cine Chileno, forjado por el elemento ideológico de la izquierda clásica, hacia el sujeto marginal, relacionado con una izquierda posmarxista, feminista, antiautoritaria, anarquista (a veces) y partidaria de la teoría queer y el movimiento por las disidencias sexuales. Al respecto, podemos mencionar diversos filmes chilenos como ejemplo: *Empaná de Pino* (2008), *Locas mujeres* (2011), *El Pejesapo* (2007), *Mi sangre plebeya* también se tiñe de rojo (2010), *Mi último round* (2011), *Desde siempre* (1996), *Joven y alocada* (2012) y *La Jauria* (2020).

III – CIERRE

Cabe preguntarse, a modo de cierre, si es que las relaciones explicitadas entre la ideología y el cine como medio de reproducción de ideas revolucionarias implica que todo análisis filmico se agote en la búsqueda e identificación de sus componentes ideológicos. Es decir, ¿es legítimo, en tal sentido, demarcar criterios que clasifiquen a los productos artísticos como obras de cierta posición política? A su vez, ¿es todo el ámbito extracinematográfico un ámbito necesariamente imbricado con asuntos políticos e ideológicos?

Este asunto merece ser problematizado para ser discutido públicamente, pues en

nuestros tiempos la ideología bien puede absorber la existencia completa del hombre, llevándole a pensar que todos sus actos se corresponden con la manifestación de un orden político, presuponiendo, además, que la política es el ámbito superior y definitorio de la existencia.

¿Acaso es nuestra misma manera de enfocarnos en el arte una condena a hacer de la creatividad un instrumento a merced de la ideología correspondiente? Si bien es cierto que la ideología puede jugar un papel preponderante en la codificación de la realidad, es cierto también que la política no es la única dimensión del hombre. Distinto es que se desee así sea, sean cuales sean las razones tras tales deseos.

La realidad no consiste únicamente en lo que ciertas posturas políticas hayan configurado desde cierto punto de la historia. Distintos fenómenos pueden existir fuera del plano ideológico: homosexualidad, transexualidad, identidad sexual, los roles de género, la raza y la etnia, la familia y su constitución, etc. Quizás el aporte de examinar estos fenómenos, retratados en el arte, teniendo en cuenta el criterio ideológico sea el de identificar los contenidos normativos y los contenidos valorativos con los que estos fenómenos son presentados al público.

BIBLIOGRAFÍA:

B. J. A., & Digitalia (Firm). (2008). *Leer el cine: La teoría literaria en la teoría cinematográfica*. Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca

Centro Cultural Palacio La Moneda (Santiago de Chile), Villarroel, M. M., & Cineteca nacional (Chile), (2013). *Enfoques al cine chileno en dos siglos*. Santiago: LOM Ediciones.

Kolakowski, L., & Vigil, J. (1983). *Las principales corrientes del marxismo: III*. Madrid: Alianza.

Larraín, J. (2007). El concepto de ideología. Santiago de Chile: LOM Ediciones.

Larraín, J. (2008). El concepto de ideología. Volumen II: El marxismo posterior a Marx: Gramsci y Althusser. Santiago de Chile, Chile: LOM Ediciones

Martin, M., & Segura, M. R. (2002). El lenguaje del cine. Barcelona: Gedisa.

Marx, K., Engels, F., & Roces, W. (2014). La ideología alemana.

Saldarriaga, M. J. F., & Digitalia (Firm). (2011). Ciencia política y cine: Un modelo para armar : cuatro modelos estético-analíticos. Medellín, Colombia: Ediciones Universidad Autónoma Latinoamericana (UNAULA).

Soublette, G., Caballero, W. M. M., & Digitalia, Inc. (2011). La cara oculta del cine. Editorial ebooks Patagonia – Ediciones Universidad Católica de Chile

Stam, R. (2001). Teorías del cine. Barcelona: Paidós

Xavier, I., & Cámara, M. (2008). El discurso cinematográfico. Buenos Aires: Manantial.

ENLACES:

https://www.insidehook.com/daily_brief/movies/quentin-tarantino-real-time-films

<https://dei.amazonstudios.com/inclusion-policy/https://thewaltdisneycompany.com/apps/uploads/2019/09/DiversityAndInclusionCommitment.pdf>

<https://time.com/6075230/loki-bisexual-mcu-lgbtq-representation/>

<https://www.businessofapps.com/data/netflix-statistics/#NetflixUserStatistics>

ENTRE LÍNEAS

